

«El gran libro para entender la guerra civil.»

– GUILLERMO ALTARES

RECUÉRDALO TÚ Y RECUÉRDALO A OTROS

Historia oral de la guerra
civil española

RONALD FRASER

CRÍTICA



RONALD FRASER

RECUÉRDALO TU Y RECUÉRDALO A OTROS

Historia oral de la guerra civil española

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: abril de 1979
Primera edición en esta nueva presentación: septiembre de 2023

Recuérdalo tú y recuérdalo a otros. Historia oral de la guerra civil española
Ronald Fraser

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Blood of Spain. The Experience of Civil War, 1936-1939*

© Ronald Fraser, 1979, 1997 y 2001

© de la traducción, Jordi Beltrán, 1979 y 2001

© Editorial Planeta, S. A., 2023
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-572-2
Depósito legal: B. 11.712-2023
2023. Impreso y encuadernado en España por Huertas Industrias Gráficas, S. A.



JULIO DE 1936

La calle es la que manda. Ahora sí que puede decirse que España se ha echado a la calle ... Todos los días una manifestación. Y a gritar todos los gritos que se quieran ... ¡Viva esto! ¡Viva lo otro! Pero ¿qué significan esos vivas? Todo el que tiene el oído del alma bien despierto comprende que, al gritar ¡viva!, la multitud quiere decir ¡muera! Muerte para el adversario, ultraje y persecución para el contrincante.

Editorial de *ABC*, monárquico
(Sevilla, 4 de marzo de 1936)

La CNT, siguiendo las orientaciones de la Primera Internacional, dice hoy nuevamente a las masas insurrectas: «No confiéis en la acción de nadie; los caudillos, en las horas supremas de la historia, aconsejaron siempre templanza y disciplina» ... Al fascismo, que es el crimen de las castas poderosas elevado a sistema, sólo podréis abatirlo destruyendo en sus fundamentos la sociedad capitalista...

Solidaridad Obrera, CNT
(Barcelona, 2 de junio de 1936)

El gobernador civil dijo a los periodistas que no tenía noticias de interés que comunicar.

Respecto a la publicación de noticias sobre movimientos militares, no se autorizan ningunas.

Tan sólo se pueden publicar las notas que el ministro dé por radio.

Defensor de Córdoba, católico
(Córdoba, 17 de julio de 1936)

Viernes, 17 de julio

MADRID

El telegrama, conteniendo palabras banales felicitando el santo, acababa de llegar de Tetuán, Marruecos español, e iba firmado por Fernando Gutiérrez.

Contó las palabras —diecisiete— y se apresuró a transmitir el mensaje al general Mola, que se hallaba en Pamplona: el ejército de África se sublevaría a las 17.00 horas.

MELILLA (Marruecos español)

El teniente Julio de la Torre, de la Legión, miró a sus compañeros de armas y observó que también ellos habían visto a los policías armados que estaban fuera. El teniente coronel Seguí, jefe de los conspiradores en Marruecos, estaba dando las últimas órdenes, pero se interrumpió a media frase. Se produjo un breve silencio durante el cual los conspiradores se dieron cuenta de que los habían traicionado.

Los oficiales cargaron las pistolas y prepararon las granadas de mano. Mientras el coronel Gazapo hablaba con el teniente de la policía en la puerta de la sala de mapas, el teniente De la Torre se abalanzó hacia el teléfono.

«Preséntese inmediatamente con algunos legionarios en la Comisión de Límites», le dije a un sargento, que se encontraba en el puesto cercano. «Estamos en peligro»...»

El temor a la traición ya les había empujado a adelantar la hora del alzamiento, fijándola para aquella noche. Pero, ¿ahora?

En unos pocos minutos el sargento y unos ocho legionarios irrumpieron en el patio, donde sólo vieron a los policías armados. Durante unos momentos se quedaron indecisos.

«Salí corriendo y de un empujón aparté a los que estaban en la puerta. El corazón me latía con violencia y noté que me temblaba todo el cuerpo. «¡Tened fe en mí! ¡Carguen! ¡Apunten!», grité, mirando a mis hombres. En momentos así las órdenes se dan más con

los ojos que con la voz. Los legionarios apuntaron a los policías; mi pistola encañonaba directamente el corazón del teniente de la policía. Los agentes vieron la determinación reflejada en nuestros ojos. Cuando me disponía a dar la orden de hacer fuego, uno de los policías, con el terror pintado en el rostro, dejó caer su fusil. “¡No disparen, teniente! ¡Que tenemos familia!” “¡Rendíos! ¡Tirad las armas!” Las tiraron. Ni nosotros ni ellos podíamos imaginarnos todas las consecuencias de nuestra primera victoria. Después de aquello, no tardamos mucho en capturar la ciudad. Hubo cierta resistencia, pero la gente huyó cuando trajimos más tropas...»

MADRID

En pleno calor de media tarde, un calor tan opresivo como la situación política durante la semana anterior, los informadores fueron a buscar noticias a las Cortes, que a la sazón estaban de vacaciones. De pronto, mientras los periodistas conversaban, apareció la figura de Indalecio Prieto, el líder socialista. «Se ha sublevado la guarnición de Melilla», dijo escuetamente. «Están haciendo una matanza de obreros...» Los periodistas echaron a correr hacia las cabinas telefónicas. Algunos trataron de poner conferencia con Melilla. «La línea no funciona», les contestaron.

Alfredo Luna, director de un periódico republicano moderado, escuchó con sorpresa las palabras de uno de sus periodistas, que acababa de llamarle a su despacho. La gravedad de la situación se le había escapado. «¡Qué error! ¡Peor aún! ¡Qué metedura de pata del gobierno! ¡Mira que no haberse dado cuenta y no haber tomado las medidas oportunas!»

A medida que los lugares de trabajo iban cerrando, grupos de jóvenes comunistas y socialistas, unidos ahora en las JSU, se presentaban en sus secciones locales. Pedro Suárez, oficinista de 25 años, llevaba muchas semanas sin dormir en su casa. Él y los demás miembros de las Milicias Antifascistas Obreras y Campesinas (MAOC) fueron movilizados. «Todo el mundo sabía que iba a producirse el levantamiento.» Tenían unas cuantas pistolas, pero nada más. Sin embargo, aunque estuviesen desarmados, debían permanecer alerta, noche tras noche, durmiendo sobre los bancos de sus secciones locales.

En la casa del pueblo, Tomás Mora, miembro del comité nacio-

nal de la UGT, dio la noticia a los otros líderes sindicales y del partido socialista. Pero decidieron no comunicarla a los asistentes al acto cultural que Mora se disponía a iniciar. No querían alarmar a la gente.

Tampoco apareció la noticia en los periódicos del día siguiente. El gobierno republicano impuso una censura absoluta. «Los lectores creerán que vivimos en el mejor de los mundos posibles», gruñó un periodista. «Eso no se lo va a creer nadie. Y ya se sabe, a falta de noticias oficiales, la gente da crédito a cualquier rumor», replicó otro.

Sábado, 18 de julio

SEVILLA

Al amanecer el calor cedió un poco. Del este soplaba una brisa que refrescaba las calles mientras Rafael Medina se encaminaba hacia el café Sport de la calle de Tetuán. Su cuñado, capitán de aviación, había sido enviado a casa bajo arresto domiciliario unas horas antes por haber hecho fuego contra un avión enviado desde Madrid para bombardear a los militares insurgentes de Marruecos; él y el capitán Vara del Rey lo habían inutilizado a golpes en tierra. Dispuesto a morir por sus ideales, su cuñado acababa de escaparse para volver al campo de aviación de Tablada.

Las calles estaban casi desiertas. «La calma de antes de la tormenta que inevitablemente estallará», pensó. Las cosas no podían seguir así. El asesinato de Calvo Sotelo al comenzar la semana, «en el que el gobierno del Frente Popular había tenido que ver», había sido la gota que desborda el vaso.¹ El ejército no esperaría más.

Al doblar la esquina, recordó lo que su padre le había dicho poco tiempo antes, al pasar junto a un grupo de jornaleros en el campo. Al ver las miradas de rencor y desprecio que lanzaban hacia el coche,

1. El líder monárquico derechista había sido asesinado por miembros de la policía actuando por propia iniciativa la semana antes (véase pp. 133-134).

su padre comentó: «Por desgracia, Rafael, esto no hay quien lo remedie».

Y así era. Los de arriba, los terratenientes, no habían sabido entenderlo y se negaban a seguir el ejemplo que diera su padre al montar industrias en el pueblo y repartir tierras entre los jornaleros del lugar. Los de abajo estaban llenos de envidia. Era comprensible. Y el resultado de todo ello era el mayor odio de clases que cupiera imaginar, una ruptura total entre aquellos que se autocalificaban de derechas y los que se decían de izquierdas. En ninguna parte las diferencias sociales eran tan grandes como aquí, en Andalucía. La izquierda estaba preparando una revolución y, según tenía entendido, entraban en el país líderes comunistas extranjeros. En el otro bando, los que podían se marchaban del país. Estaban al borde de la guerra de clases.

Entró en el café. Su amigo Pepe «El Algabeño», el rejoneador, le estaba esperando. El alzamiento en Sevilla tenía que empezar aquella noche o al día siguiente, por la mañana. El general Queipo de Llano se pondría a la cabeza del mismo.

«¡Queipo! Un republicano, un hombre que había conspirado contra el rey, que había luchado contra José Antonio Primo de Rivera, el fundador de la Falange, a la que yo pertenecía desde la victoria del Frente Popular en las recientes elecciones. ¿Qué cariz tomaría el golpe si él era su jefe? No me gustaba la idea, y a Pepe tampoco...»

SAN SEBASTIÁN

El gobernador civil alzó los ojos al entrar él en el despacho. «¡Cómo! ¿Otra vez por aquí?» «Pues claro», replicó el funcionario de la CNT. «Se supone que es usted el mediador en la huelga de los pescadores, así que he venido a ver qué hacía al respecto.»

Miguel González Inestal, uno de los pocos funcionarios a sueldo y plena dedicación que tenía el sindicato anarcosindicalista, era secretario de la federación regional del norte de sindicatos de pescadores de la CNT. Sus afiliados de Pasajes, el gran puerto pesquero próximo a San Sebastián, estaban en huelga desde mayo para conseguir jornales más altos y mejores condiciones de trabajo. Él y el gobernador Artola, republicano de izquierdas, hablaron de la huelga durante un

rato. Al ver la expresión del gobernador, González empezó a comprender que todavía no lo *sabía*...

«“Me parece que no está usted al tanto de lo que acaba de pasar.” “¿Cómo? ¿Qué ha pasado?” “Los militares de Marruecos se han sublevado y se ha declarado el estado de excepción.” “¡No lo creo!”, exclamó el gobernador. “¿Por qué no llama por teléfono y lo comprueba?”...»

El gobernador alargó la mano para coger el aparato. En aquel instante anunciaron la llegada del comandante militar de San Sebastián; los dos conferenciaron. Se presentó un comandante de estado mayor, que estaba pasando las vacaciones en San Sebastián, e instó al gobernador a que inmediatamente tomase medidas para impedir que se sublevaran los militares del cercano cuartel de Loyola. «Yo soy de derechas, pero he jurado lealtad a la república...»

«Luego ese oficial, el comandante Garmendia, se volvió hacia mí. “¿De qué lado está la CNT?” “De quienquiera que se oponga al levantamiento”, repliqué. “¿Y la huelga de los pescadores?...” “Se desconvocará inmediatamente. Señor gobernador civil”, dije, volviéndome hacia Artola, “lo primero que debería hacer es retener al comandante militar aquí en calidad de rehén.” Vi que la idea no le hacía gracia; era un hombre débil. Le volví la espalda. Su esposa se me acercó. “Debe usted animarlo para que resista. Haga todo lo que pueda, que mi marido es muy pasivo y no se da cuenta de la gravedad de la situación.” Hizo una pausa. “Usted es hombre decidido. Se le nota. Coja el teléfono y llame desde aquí, haga todo lo que sea necesario.” Cogí el aparato y llamé a la central de mi sindicato. Les dije a los compañeros que se preparasen para lo que se nos venía encima. Las voces del otro extremo del hilo parecían complacidas...»

SEVILLA

La noticia se extendió por la ciudad como un reguero de pólvora. León Martín, mecánico y afiliado a la CNT, la oyó en el garaje mientras trabajaba. El clima era tenso desde hacía semanas y todo el mundo sabía que iba a ocurrir algo. «Pero cuando ocurrió, fue tan aprisa que nos pilló a todos por sorpresa.» Intentó reunir a los noventa hombres que formaban la sección de la CNT a la que él pertenecía y de la que era secretario. Sólo se presentó una docena más o

menos. Todos juntos, con el propósito de asaltarlo, se encaminaron hacia el cuartel que los guardias de asalto tenían en la Alameda.²

«¡Armas! ¡Armas!», gritaba la gente. Éramos varios centenares los congregados delante del cuartel, pero no conseguimos las armas. En las calles había algunas patrullas de guardias de asalto, acompañados por unos cuantos civiles armados con pistolas. Pero, ¿qué podían hacer?...»

Después de almorzar en un hotel del centro, el general Queipo de Llano se puso el uniforme y se dirigió en automóvil al cuartel general de su división. Sin más oposición que la verbal, arrestó al general Villa-Abrille y asumió el mando. Luego hizo lo mismo en el cuartel de infantería que había al lado. Ordenó que formase el regimiento y vio que tenía bajo su mando a 130 hombres. Al igual que en todas partes, los cuarteles sevillanos estaban semivacíos a causa de los permisos de verano. El general dio orden a un capitán para que se trasladase al centro de la ciudad, a la cabeza de sus hombres, y proclamase el estado de guerra.

En el barrio de la Ciudad Jardín, el ebanista Juan Campos oyó tiros. No estaba seguro de quién era el que disparaba ni de por qué lo hacía. Se encaminó hacia el centro. Tenía tiempo de sobra, ya que la fábrica de muebles donde estaba empleado trabajaba solamente tres días a la semana. «Mis patronos, al igual que tantos otros, le estaban haciendo el boicot a la república. Daban trabajo sólo cuando querían.» Ante el edificio del gobierno civil se encontró con una multitud que clamaba pidiendo armas. Pero nadie se las suministraba. Alguien empezó a gritar diciendo a la gente que fuesen al parque de artillería, que estaba en el paseo de Colón, a la orilla del río.

«Nos pusimos en marcha. Por lo menos éramos 2.000. Ya no contaban las antiguas divisiones entre las organizaciones obreras de Sevilla —relataba Francisco Cabrera, hijo de un aparcerero y afiliado a la juventud comunista—. Si no nos daban armas era porque las autoridades republicanas tenían más miedo a la clase obrera que a los militares. Nosotros, los comunistas, no compartíamos la confianza del gobierno en el sentido de que el levantamiento sería sofocado en veinti-

2. La guardia de asalto fue creada por el régimen republicano para disponer de un cuerpo de policía urbana y leal que sirviera de contrapeso a la guardia civil, el cuerpo paramilitar de policía rural, sumamente entrenado, que existía desde hacía casi un siglo.

cuatro horas. El partido había ordenado que todos los militantes fuéramos a Sevilla...»

Queipo había actuado con rapidez: un capitán de ingenieros al frente de 60 hombres se había apoderado del parque de artillería, donde se guardaban 25.000 fusiles. Los obreros fueron recibidos a tiros. Varios hombres cayeron al suelo, heridos o muertos. Los demás se dispersaron.

El ebanista, que era del partido socialista, emprendió la retirada hacia la casa del pueblo, sede central de su partido. La encontró desierta. Llegó un capitán de guardias de asalto en busca de los dos diputados socialistas. Dijo que se había convocado una huelga general y que los necesitaban. Pero no aparecieron.

«Se quedaron en sus casas y allí los encontraron los militares. Cuando llegó el momento de la verdad, no hubo ningún líder político o sindical que diera muestras de poseer dotes de mando...»

Regresó a la Plaza Nueva, en el centro de la ciudad, y se cruzó con grupos que gritaban: «¡Que todos los obreros vuelvan a sus barrios!». «Qué equivocación —reflexionó—. La gente debería quedarse en el centro de la ciudad, para defenderlo.» Pero la gente, obedeciendo la orden, empezaba a regresar a los barrios obreros del oeste y del sur, al otro lado del río.

«La clase obrera sevillana no era el proletariado organizado de Barcelona —se lamentaba León Martín—. Le faltaba cohesión, le faltaba conciencia. Sevilla era una ciudad subdesarrollada y su clase obrera incluía un número enorme de subproletarios. De haber tenido la piel de otro color, nosotros habríamos sido los negros...»

La escasez de soldados la suplió Queipo de Llano a base de cañones. Sin ninguna dificultad instaló una pieza de campaña en el centro. Bastaron unos cuantos cañonazos para que se rindiesen los guardias de asalto que ocupaban la Telefónica, en la Plaza Mayor. Luego volvieron el cañón hacia el hotel Inglaterra, detrás del cual se alzaba el edificio del gobierno civil.

El abogado falangista Ignacio Cañal cruzó la plaza en dirección al hotel. Observó que muy pocos civiles se habían unido al levantamiento, a lo sumo 25 o 30 en las primeras seis horas. Claro que la mayoría de sus camaradas falangistas seguían en la cárcel, pero había pensado que tendrían más voluntarios... Un obús pasó silbando por encima de su cabeza, rasgó la pantalla del cine al aire libre instalado en la plaza, entró por una ventana del hotel y estalló en el gobierno civil...

«Mandados por un comandante de artillería, penetramos corriendo en el edificio. El gobernador y otras autoridades bajaron con las manos en alto. Resultaba extraordinario lo normal que parecía todo aquello que estaba sucediendo, lo provinciano que parecía...»

«De vez en cuando tenía que frotarme los ojos para convencerme de que no estaba soñando», diría más adelante Queipo. En unas pocas horas se había apoderado del centro de la ciudad que, por su importancia, era la cuarta de España, la «roja» Sevilla, mediante un golpe dado sin más apoyo previo que el de dos comandantes y un puñado de capitanes, con quienes ni siquiera había hablado. A la media hora de tomarse la emisora de radio, Queipo daba su primera charla radiofónica:

«Sevillanos: ¡A las armas! La patria está en peligro y, para salvarla, unos hombres de corazón, unos cuantos generales, hemos asumido la responsabilidad de ponernos al frente de un movimiento salvador que triunfa por todas partes. El ejército de África se apresta a trasladarse a España para tomar parte en la tarea de aplastar a ese gobierno indigno que se había propuesto destruir a España para convertirla en una colonia de Moscú ... ¡Sevillanos!, la suerte está echada y decidida por nosotros, y es inútil que la canalla resista y produzca esa algarabía de gritos y tiros que oís por todas partes. Tropas del Tercio y Regulares se encuentran ya camino de Sevilla, y en cuanto lleguen, esos alborotadores serán cazados como alimañas. ¡Viva España! ¡Viva la República!».

MADRID

Durante el día el gobierno hizo públicos dos comunicados llamando a la calma y asegurando a la nación que «nadie, absolutamente nadie», se había unido al alzamiento en la península. Corrían rumores de que el gobierno estaba a punto de dimitir. Los partidos socialista y comunista hicieron una declaración conjunta en apoyo del gobierno liberal de la república, pero instando a la clase obrera a que se dispusiera para luchar en las calles. ¿Con qué? El gobierno se negaba a armar al pueblo.

Urbano Orad de la Torre, capitán de artillería retirado, bajó al parque de artillería. Pensó que no valía la pena quedarse en el Ministerio de la Guerra, donde reinaba el caos. Casares Quiroga,

presidente del gobierno y a la vez ministro de la Guerra, estaba anodado y era incapaz de tomar decisiones... Ya en el parque de artillería, estaba hablando con el teniente coronel Rodrigo Gil, socialista como él, cuando llegó la noticia de que los obreros se estaban preparando para tomar el parque por la fuerza y apoderarse de las armas.

«¿Qué voy a hacer?», preguntó Rodrigo Gil. «Sólo nos quedan 500 fusiles y nada de munición.» «Entregarles los fusiles que le queden y decirles que esperen hasta que lleguen las municiones.» En un camión fui a decirles a los obreros que tuvieran paciencia, que las armas estaban al llegar. Luego cogí los fusiles y, en una esquina de la calle Atocha, me puse a repartirlos entre quienes me enseñasen un carnet de izquierdas. No sabía a quién los entregaba (podía tratarse de bandidos y asesinos), pero en aquel momento había que armar al pueblo...»

Horas antes ya se habían entregado más armas, unos 4.500 fusiles, principalmente a los miembros de las MAOC, encabezadas por los comunistas. En el parque se guardaban fusiles en número diez veces superior a los ya entregados, pero a todos ellos les faltaba el cerrojo. Debido al temor de que el pueblo asaltase los arsenales militares, los fusiles y los cerrojos se guardaban por separado desde hacía dos años. En aquellos momentos, en el cuartel de la Montaña, cerca del que fuera Palacio Real, se guardaban unos 45.000 cerrojos. Hacía apenas unas horas que el oficial al mando del regimiento de infantería destinado en el cuartel se había negado a obedecer una orden, firmada por el presidente del gobierno, para que entregase los cerrojos. Por consiguiente, se consideraba que el cuartel de la Montaña, en el corazón de Madrid, se había unido al levantamiento; en él estaba la llave que permitiría armar al pueblo.

NAVARRA

Al ponerse el sol, cuatro muchachos en mangas de camisa, campesinos carlistas³ todos ellos, se encontraban apostados en la cuneta

3. La denominación «carlistas» la recibían de don Carlos, cuya pretensión al trono, a principios del siglo XIX, había iniciado el movimiento contra la introducción del liberalismo. Eran acérrimamente tradicionalistas, católicos y antiliberales en el siglo XX (véase Prólogo, p. 31). Un «requeté» era un cuerpo militar de unos 250 carlistas, y por extensión, un soldado carlista.

vigilando la carretera de Pamplona. Hacía calor. Tres de ellos llevaban pistola y el otro una escopeta de caza. Su jefe, Antonio Izu, se había pasado la mañana segando trigo en los campos de la familia y no había oído la noticia del levantamiento hasta regresar a casa. Al poner la radio, se había enterado de que la revuelta militar de Marruecos estaba aplastada. A pesar de ello, Esteban Ezcurra, terrateniente local y comandante requeté del valle de Echauri, había ordenado a Izu y a los demás que permanecieran vigilantes y detuviesen a los coches que pasaran.

Mario Ozcoidi, capitán de requetés, esperaba en el círculo tradicionalista de Pamplona. Aquella mañana, al recibirse un mensaje del cuartel general de Mola, él, que era el único oficial requeté disponible, se había presentado rápidamente en capitanía general. Mola, principal organizador del alzamiento, se hallaba reunido con el recién nombrado jefe de la guardia civil, conocido por su lealtad hacia la república. Mientras Ozcoidi esperaba el final de la entrevista, el mismo Mola salió de su despacho y dijo: «Tenemos que liquidar a ese hijo de puta». Ozcoidi había regresado corriendo al círculo para disponer la detención, o la muerte, del oficial de la guardia civil que se disponía a bajar con sus hombres hasta Tafalla, a orillas del Ebro, para preparar la resistencia contra el alzamiento que sabía era inminente.

«De pronto oí disparos en el cuartel de la guardia civil. No sabíamos qué había pasado. Pero la noticia no tardó en extenderse rápidamente: los guardias habían abatido a tiros a su jefe cuando éste trataba de hacerlos salir del cuartel...»

Ningún coche había llegado por la carretera en toda la tarde. Antes de terminar su guardia, Izu informó a su comandante. Ezcurra le dijo que tuviera a sus hombres preparados a primera hora de la mañana y se dirigieran a Pamplona en el autobús local.

«“Ya estamos en guerra”, me dijo. “Ah, eso es bueno”, repliqué. Y me marché a casa la mar de contento. Aquella noche no pegué ojo pensando en la que íbamos a armar...»

MADRID

Al caer la noche, el gobierno dimitió y se formó otro nuevo bajo la jefatura de Martínez Barrio, líder de Unión Republicana, que de los partidos que formaban el Frente Popular era el que se

hallaba más a la derecha. El presidente de la república, Manuel Azaña, deseaba la formación de un gobierno nacional, que incluyera de los comunistas a los republicanos de derechas, con el fin de aplastar la rebelión militar. Presionados por Largo Caballero, líder del ala izquierda del partido, los socialistas se negaron a formar parte de dicho gobierno y en su lugar exigían que se armase al pueblo. El gobierno que quedó formado a última hora de la tarde se componía exclusivamente de republicanos que, en general, se hallaban más a la derecha que los miembros del gabinete que acababa de dimitir.

La Puerta del Sol estaba llena de gente, que no había dejado de afluir allí desde primeras horas de la tarde. La multitud gritaba pidiendo armas. De repente, un sastre comunista que se llamaba Julián Vázquez vio que una figura aparecía en el balcón del Ministerio de la Gobernación. Se hizo el silencio y todo el mundo quedó esperando. El del balcón empezó a leer la lista del nuevo gabinete. Mientras leía comenzó a surgir un clamor entre la multitud hasta que un grito pasó de boca en boca.

«¡Traición! ¡Traición!» El ambiente era explosivo. Si en aquel momento nos hubieran dado armas, habríamos sido capaces de conquistar el mundo...»

A Régulo Martínez, maestro de escuela y republicano de izquierda, le pareció que el nuevo gobierno constituía una medida prudente. Los militares se estaban sublevando al grito de «muera el comunismo». Pues aquí tenían una prueba de que no existía tal amenaza. Pero la gente recibió mal la noticia.

«Incluso miembros de mi propio partido, que era el de Azaña, comenzaron a romper sus carnets. Las masas querían venganza, revolución. Olvidándose de toda cautela, comenzaron a actuar con valor y resolución...»

VALLADOLID

El levantamiento tenía el éxito asegurado en esta ciudad, corazón del catolicismo castellano, cuna de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista (JONS) fascistas, escenario de su unificación con la Falange Española dos años antes solamente. Pero, ¿serían los falangistas los primeros y desdichados mártires? Encerrados en celdas que parecían los corrales donde encierran a los toros antes de echar-

los al ruido, los gritos de «fascistas, asesinos» llegaban a oídos de los falangistas desde el otro lado de los muros de la prisión. ¿Irrumpiría la turba en el recinto?

Tomás Bulnes, abogado y compañero de Onésimo Redondo, cofundador de las JONS, había conseguido persuadir a uno de los guardianes para que no cerrase con llave la puerta de la celda. Pero la precaución resultó innecesaria. A los guardianes de la prisión empezó a alegrárseles la cara; uno de ellos dijo a los falangistas que las tropas del regimiento de caballería Farnesio y los guardias de asalto estaban tomando posiciones en las calles. «Entonces supimos que los militares se habían sublevado.»

Antes del amanecer, un grupo de jóvenes falangistas, armados por los militares, ponían en libertad a sus correligionarios. «¿De qué sirve que os marchéis?», preguntó el alcaide a Alberto Pastor, agricultor falangista que había sido encarcelado tras una escena violenta en su pueblo natal. «Mañana volveréis a estar aquí de todos modos.»

«Pero no me quedé para seguir escuchándole. Por fin había llegado el momento que estábamos esperando...»

Domingo, 19 de julio

BURGOS

La noticia del éxito obtenido en Valladolid no la conocían los requetés que se habían pasado toda la noche esperando en su cuartel general. Bajo los retratos tradicionales de los reyes carlistas, ante la mirada de un octogenario veterano de la última guerra carlista, los requetés estaban rezando el rosario cuando llegó un muchacho de 15 años llamado José María Codón. Debajo del impermeable se notaba el bulto de las armas que acababa de desenterrar de la panadería de su padre. Empaquetadas y engrasadas cuidadosamente, las armas habían permanecido escondidas bajo los mismos pies de los trabajadores socialistas de la panadería. El veterano carlista pronunció una arenga: «Hijos míos, estáis a punto de salir, como yo y otros doscientos burgaleses salimos en 1872, para la Cartuja y la guerra en el norte...».

Pero, ¿iban realmente a salir? La noche iba pasando sin que llegasen noticias. ¿Sería otra falsa alarma como la de mayo? El día antes, sin ir más lejos, el gobierno había arrestado al general González de Lara y otros oficiales que debían encabezar la sublevación en Burgos... De pronto en el silencio de la noche resonaron gritos de «Aña».

«Aña...» “¿Qué están gritando? ¿Será ¡Viva Azaña! o ¡Viva España!?” No esperamos a averiguarlo, sino que salimos corriendo a la calle. A lo lejos oímos las trompetas del destacamento militar que había salido a proclamar el estado de guerra. Desplegamos la bandera roja y gualda de España que tanto habíamos anhelado ver ondear de nuevo durante los años de la república. ¡Qué error cometió la república al cambiar la bandera! La hermana de uno de mis compañeros se postró de rodillas ante la bandera, rasgándose las medias para poder besarla...»

Enarbolando la enseña, se dirigieron hacia la catedral, cuyas campanas doblaban ya llamando a la gente a un servicio de acción de gracias. Mujeres con mantilla y escapulario sobre el pecho, hombres luciendo la camisa azul de la Falange, oficiales del ejército, requetés tocados con sus boinas rojas, todos acudían a la catedral para cantar una «salve».

«Había centenares de personas allí. Sin embargo, me sorprendió que las masas no se uniesen a nosotros inmediatamente. Estábamos en una ciudad que siempre había elegido diputados monárquicos, carlistas y agrarios durante la república. Y era aquel un momento en que, de haber tenido que luchar, el apoyo de la gente o la falta del mismo habrían resultado absolutamente decisivos...»⁴

Pero dicho apoyo resultó innecesario y Burgos fue conquistada casi sin disparar un tiro. La clase obrera de la ciudad, cuyo número era reducido, no se hallaba organizada ni preparada y los guardias de asalto se pusieron en seguida al lado de los militares, quienes, al mando de un general de brigada retirado que se llamaba Dávila, dominaron la situación. El general Batet, jefe de la 6.^a división, fue arrestado. Hacía solamente dos días que el general Mola, principal

4. Más o menos en aquel mismo momento, dieciocho horas después de que Queipo se sublevara, Rafael Medina (más tarde duque de Medinaceli) vio con sorpresa que era el 187.^o voluntario que se unía a los militares en Sevilla. La burguesía de la provincia prefirió que fuese el ejército el encargado de hacer lo que hiciera falta.

organizador de la sublevación en Pamplona, le había dado su palabra de que no se sublevaría. También fueron detenidos el jefe de la guardia civil y el gobernador civil.

BILBAO

Se habían pasado toda la noche pegados a los aparatos de radio instalados en la redacción del periódico del partido. Horas antes Juan Ajuriaguerra, un joven ingeniero de la fábrica Babcock and Wilcox y presidente del Partido Nacionalista Vasco (PNV) en Vizcaya, había regresado de una reunión del ejecutivo del partido en San Sebastián. En ella no se había tomado ninguna decisión, ya que había pocas noticias concretas que lo permitieran. Lo único que sabían era que el ejército se había sublevado en Marruecos.

«En las últimas elecciones habíamos luchado solos, sin unirnos a ningún bloque de derechas o de izquierdas. La derecha nos había atacado violentamente y la izquierda no parecía tener ninguna prisa por presentar nuestro estatuto de autonomía ante las Cortes. Estábamos completamente solos...»

Había regresado a Bilbao en coche. El PNV era el más importante en las dos provincias vascas del norte. Todavía no se había producido ningún levantamiento militar en el País Vasco, aunque en Álava —al igual que en Navarra— el que se produjese era cuestión de horas solamente. Algunos nacionalistas vascos estaban dispuestos a abogar por la neutralidad en el conflicto que se avecinaba. Otros, al igual que Manuel Irujo y José María Lasarte, los dos diputados que habían hecho una declaración de lealtad a la república, eran partidarios de apoyar al gobierno legal.

Por las calles de Bilbao patrullaban socialistas, comunistas, anarcosindicalistas y republicanos de izquierdas. Gran número de mineros llegaban a la ciudad. Nadie sabía a ciencia cierta qué haría el regimiento de infantería del cuartel de Garellano.

Ricardo Valgañón, comunista y obrero en una fundición, sabía que mientras él montaba guardia los partidos del Frente Popular se hallaban reunidos en el edificio del gobierno civil. Entre ellos no estaba el PNV. «No contábamos con ellos para nada. Para serle franco, ni siquiera pensábamos en ellos...»

En la redacción del periódico, Ajuriaguerra siguió escuchando la radio hasta el último momento.

«Tenía la esperanza de escuchar alguna noticia que nos ahorrara el tener que tomar una decisión: que uno u otro bando ya hubiese ganado la partida. A medida que avanzaba la noche, algo iba quedando bien claro: el alzamiento militar lo había organizado la oligarquía derechista cuyo eslogan era la unidad, una agresiva unidad española apuntada hacia nosotros. La derecha se oponía ferozmente a cualquier estatuto de autonomía para el País Vasco. Por otro lado, el gobierno legal nos lo había prometido y sabíamos que acabaríamos consiguiéndolo. A las seis de la mañana, tras una noche en blanco, tomamos una decisión unánime. Promulgamos una declaración dando nuestro apoyo al gobierno republicano. Tomamos esa decisión sin mucho entusiasmo, pero convencidos de haber elegido el bando más favorable para los intereses del pueblo vasco; convencidos también de que, de habernos decidido por el otro bando, nuestra base se nos habría opuesto...»⁵

MADRID

Al amanecer, Fulgencio Díez Pastor, diputado parlamentario y secretario de Unión Republicana, se dirigió en coche al domicilio del jefe de su partido. Por el camino tuvo que esquivar una impresionante manifestación socialista que bajaba por la calle de Fuencarral protestando contra el nuevo gobierno que Martínez Barrio, su jefe, acababa de formar. Se hacía cargo de lo que sentían las masas. Un gobierno semejante habría sido posible cuatro meses antes, cuando todavía hubiera podido evitar todo aquello, pero ahora significaba solamente la rendición. El día antes había asistido a una reunión urgente del comité del Frente Popular, en la que unánimemente se había pedido que se armase al pueblo. Horas después, el presidente electo del gobierno llamaba por teléfono a Pamplona en un vano in-

5. El PNV era un partido confederal y la decisión afectaba solamente a la dirección del partido en Vizcaya (Biskai-Buru-Batzar). Horas más tarde, el PNV de Guipúzcoa tomó la misma decisión, como también lo hicieron los delegados de Álava. Posteriormente, tras el triunfo de los militares en Vitoria, capital provincial de Álava, el PNV de allí pidió a sus miembros que se pusieran a la disposición de las autoridades militares, con lo que expresaba su esperanza de evitar una guerra fratricida e impedir la anarquía.

tento de asegurarse el apoyo del general Mola. El general se lo negó.⁶

Martínez Barrio estaba en la cama cuando él llegó a su domicilio.

«Le obligué a levantarse. “Ha anunciado usted por radio que a las seis de la mañana tomaría posesión como presidente del gobierno. ¿Dónde se proponía hacerlo? ¿En el despacho del presidente del gobierno? Está rodeado por miles de personas. Lo mismo el Ministerio de Marina. El Ministerio de la Guerra... ni siquiera podrá acercarse a él. Jamás ha habido un gobierno más impopular...” Nos miró. Había aceptado la presidencia del gobierno sin consultar con el ejecutivo del partido. Levantó el teléfono. “Manolo, diles a esos caballeros de mi parte que dimito. Sí, no puedo encabezar un gobierno contra el cual el Frente Popular se está manifestando en la calle...” Eso fue todo. Sin dar más explicaciones, dimitió. Llevaba tres días sin lavarme ni dormir. Me marché a casa...»

El gobierno formado al encenderse los faroles de las calles se desvaneció cuando los mismos faroles fueron apagados. Con el amanecer vino otro gobierno constituido totalmente por republicanos y encabezado por José Giral.

«Para todos los que estábamos en la Puerta del Sol, esa noticia fue más agradable —recordaba Julián Vázquez, el sastre comunista—. Creíamos que Giral se mostraría más duro que los demás. Y hasta cierto punto no nos equivocábamos, ya que dio orden de que se armase al pueblo...»

Su partido no había cumplido su misión histórica. «Ningún partido había sido capaz de conducir las masas hacia delante», pensó. «Ahora ya era demasiado tarde, pero iba a costarles caro.»

Sócrates Gómez, hijo de un destacado sindicalista socialista, había huido de Segovia, donde estaba cumpliendo su servicio militar. Al ver los preparativos que se estaban haciendo en la Academia de Artillería, se había quitado el uniforme de soldado raso y le había pedido a un taxista amigo suyo que lo llevase a Madrid. Como miembro destacado de las JSU que era, no se hacía ninguna ilusión sobre

6. Más adelante Martínez Barrio negó haber hecho tal llamada. Díez Pastor: «Nunca me habló de la conversación telefónica. Pero el nuevo ministro de Comunicaciones la mencionó en una alocución radiada y dijo que había hablado con los generales sublevados». Del bando de Mola, varias personas han mencionado tal llamada, así como otra del general Miaja, al que Martínez Barrio había nombrado ministro de la Guerra en su efímero gobierno.

cuál sería su suerte si se quedaba. Pertenecía al ala izquierda del partido socialista, el mayor de los partidos de clase obrera de España.

Cinco meses antes, pensó, al ganar las elecciones el Frente Popular, el pueblo había esperado pacientemente, lleno de esperanzas de que esta vez, en el segundo intento, iban a satisfacerse sus exigencias inmediatas. Tras dos años de gobierno reaccionario, creyeron que ante ellos se abría un nuevo período democrático. En vez de ello, el gobierno, de constitución enteramente republicana, no presentó un programa social coherente, una reforma agraria eficaz, una solución a los numerosos problemas sociales del país, ni dismanteló las fuerzas hostiles al régimen. La desilusión había cundido. La derecha recurría a constantes provocaciones y a la violencia callejera para sabotear los intentos de crear un régimen democrático. En aquellos meses, el partido socialista había cometido un tremendo error. Debería haber ingresado en el gobierno. Ahora lo comprendía, aunque antes había estado en contra de ello.

«Formando parte del gobierno, el partido podría haber desarticulado el complot, arrestando a los elementos derechistas que ahora se estaban sublevando, los más ciegos y apasionadamente obtusos de todo el mundo. Sin renunciar por un solo momento a su objetivo de conquistar el poder, el partido socialista, el más marxista de los de Europa, podría haber compartido el poder gubernamental con el fin de asegurarse, en la medida en que ello era posible dentro de un régimen capitalista, de que las fuerzas institucionales y económicas de coacción siguiesen firmemente en manos del gobierno...»

La oportunidad se había presentado, pero el ala izquierda la había bloqueado. Fue un grave error. Al no entrar a formar parte del gobierno para asegurarse de que se atendiera las exigencias del pueblo, el partido socialista había aumentado los temores de que no se satisficieran tales demandas. Con ello se había iniciado un fermento prerrevolucionario. El miedo era su fuerza motriz, y el miedo, reflexionó, no era buen consejero para la revolución. «Antes bien era el estado anímico del hombre desesperado.» Víctima de divisiones, el partido socialista no había podido canalizar o encabezar este fermento. Había fracasado en ambos sentidos...

Acababa de escaparse por un pelo. Los milicianos lo habían detenido cuando trataba de entrar en el cuartel de la Montaña para unirse a los militares y lo habían llevado a la sede de un partido de

izquierdas para comprobar su identidad. Por suerte, los milicianos no habían reconocido a David Jato, uno de los fundadores del Sindicato Español Universitario (SEU), el sindicato estudiantil falangista. Se quedó esperando. Desde la victoria del Frente Popular —no, mejor dicho, desde la revolución de octubre de 1934—⁷ veía claramente que sólo la violencia resolvería los problemas del país. Los republicanos habían subido al poder demasiado pronto, históricamente hablando, antes de tener una base en el país. Su tradicional anticlericalismo, su negativa a dejar que la derecha gobernase tras ganar las elecciones tres años antes, exacerbó los problemas fundamentales. El liberalismo se batía en retirada en todas partes. La alternativa estaba entre el fascismo y el comunismo, las ideologías dominantes que estaban decidiendo el destino de Europa.

«Ambas creían en la violencia, especialmente en España. Ambas, dada la situación internacional, disfrutaban de gran influencia, especialmente entre la juventud. La creciente decepción producida por la república empujaba a los jóvenes hacia los extremos de ambos bandos...»

No es que temiera que los comunistas pudieran llevar a cabo su revolución; todavía eran demasiado débiles para ello. Pero sí podían llevarla a cabo en conjunción con el ala izquierda de los socialistas, que formaba el grueso del partido socialista dirigido por Largo Caballero. Era esto lo que temía. Desde la victoria del Frente Popular los socialistas aumentaban la fuerza de su milicia. Cada día había intentos de asesinato.

«Catorce miembros del SEU habían perdido ya la vida cuando se celebraron las elecciones. Y ahora el asesinato de Calvo Sotelo. Era la prueba definitiva de que sólo una situación violenta podría salvar a España...»

Oyó un ruido, algunos gritos. Una manifestación relámpago irrumpió en la sede del partido protestando contra la formación del efímero gobierno Martínez Barrio. Aprovechando la confusión, se mezcló entre la gente y salió de allí. Más fácil no podría haber sido. Se encaminó hacia el domicilio de un primo suyo, socialista, que sin duda lo ampararía.

7. La sublevación, inspirada por los socialistas, contra el gobierno de centro derecha que tuvo su epicentro en Asturias (véase Prólogo, p. 44, y Puntos de Ruptura, E, pp. 359-361 del tomo II).

TREN MADRID-BARCELONA

La Olimpiada Popular, organizada en oposición a la Olimpiada nazi de Berlín, iba a inaugurarse hoy domingo en Barcelona. Muchos jóvenes madrileños se habían inscrito para participar en ella. A pesar de la inminencia del levantamiento, el partido comunista había dado permiso a sus miembros para que asistieran a la olimpiada, dado que ésta iba a ser una gran manifestación antifascista. Los ferroviarios —entre los que se hallaba Narciso Julián, miembro del partido comunista— estaban bien representados entre los asistentes, ya que podían viajar gratis en tren.

Julián sabía que la amenaza del fascismo era el foco de la atención de todo el mundo. A la tarea vital de forjar una sólida alianza antifascista había que subordinarlo todo, incluso la necesidad de seguir adelante con la revolución democrática burguesa que en España no había llegado a completarse bajo el Frente Popular.

Desde las elecciones el país atravesaba un período de gran efervescencia política y social a la que cabía calificar de prerrevolucionaria. Los campesinos se habían apoderado de la tierra al ver que la república no llevaba a término una reforma agraria a fondo para resolver aquel eterno problema. Algunos habían muerto a manos del tradicional defensor de los terratenientes: la guardia civil. La clase obrera convocaba huelgas en demanda de mejores condiciones, aumentaba la fuerza de los sindicatos y partidos políticos a medida que la lucha se hacía más abierta.

«El partido comunista pedía la creación de una milicia armada y advertía de la amenaza de una sublevación militar. Para todos era visible que el gobierno republicano se mostraba muy débil ante la amenaza. Los pistoleros de la Falange estaban en la calle, entregados a la guerra abierta, asesinando a los policías bien conocidos por su republicanismo. Durante la última quincena ninguno de los militantes comunistas habíamos dormido en casa, ya que sabíamos que los militares iban a sublevarse...»

Pero nada de esto, pensó, podía justificar el alzamiento militar. No se trataba de un período revolucionario que condujera al socialismo. Nada de eso. Este era el pretexto de los fascistas para justificar su rebelión. No era verdad, especialmente entre las masas campesinas: la agitación no iba dirigida al logro del socialismo. Lo que querían los campesinos era que la república se enfrentase a los pro-

blemas fundamentales del país. Y la tierra era uno de ellos, por no decir que *el* más grave.

Cuando el tren pasó por Valencia e inició el largo trayecto entre dicha ciudad y Barcelona, no sabía la suerte que había tenido al elegir esta ruta en vez de la alternativa. Los que viajaban por la ruta de Zaragoza jamás llegarían a su destino...

Contra el fascismo, sí; pero también contra cualquier clase de dictadura, porque la dictadura es también el fascismo, la ejerza quien la ejerza.

Solidaridad Obrera (Barcelona, 18 de julio de 1936)

DECRETO

De acuerdo con el Consejo de Ministros y a propuesta del de la Guerra, vengo a decretar lo siguiente:

Quedan licenciadas las tropas cuyos cuadros de mando se han colocado frente a la legalidad republicana.

Dado en Madrid a dieciocho de julio de mil novecientos treinta y seis.

MANUEL AZAÑA SANTIAGO CASARES QUIROGA
 Ministro de la Guerra
 y presidente del Consejo de Ministros

Gaceta de Madrid (19 de julio de 1936)

Don Francisco Franco Bahamonde, general de división, jefe superior de las Fuerzas Militares de Marruecos y alto comisario,

Hago saber:

Una vez más el ejército, unido a las demás fuerzas de la nación, se ha visto obligado a recoger el anhelo de la gran mayoría de españoles que veían con amargura infinita desaparecer lo que a todos puede unirnos en un ideal común: ESPAÑA.

Se trata de restablecer el imperio del orden dentro de la república, no solamente en sus apariencias o signos exteriores, sino también en su misma esencia; para ello precisa obrar con justicia, que no repara en clases ni categorías sociales, a las que ni se halaga, ni se persigue, cesando de estar dividido el país en dos grupos: el de los que disfrutaban del poder y el de los que eran atropellados en sus derechos... El restablecimiento de este principio de *autoridad*, olvidado en los últimos años, exige inexcusablemente que los castigos sean ejemplares, por la seriedad con que se impondrán y la rapidez con que se llevarán a cabo, sin titubeos ni vacilaciones...

Para llevar a cabo la labor anunciada rápidamente,

Ordeno y mando:

Artículo 1.º Queda declarado el estado de guerra en todo el territorio de Marruecos español, y como primera consecuencia, militarizadas todas las fuerzas armadas...

Tetuán (18 de julio de 1936)

BARCELONA

El reloj de la fábrica señalaba las cinco de la madrugada y unos minutos. El militante anarcosindicalista de la CNT se apeó del coche para dar la noticia a sus compañeros. Casi en el mismo instante las sirenas de la fábrica comenzaron a aullar en el aire limpio y silencioso de la madrugada del domingo: el aviso, tanto tiempo esperado, que del alzamiento militar daban las fábricas del Poble Nou.

En su piso cerca de la Diagonal el profesor Josep Trueta fue despertado por las sirenas, a las que no tardaron en seguir los disparos. Era lo que se temía: el levantamiento militar, del que había tenido la primera noticia la noche antes cuando él y su esposa iban al cine, se había extendido. Se acercó a la ventana, desde la que se divisaba una parte de la Diagonal, la larga avenida que cruza la ciudad. Algunos soldados venían de los cuarteles de Pedralbes. Oyó más tiros.

Aquello no tenía excusa, los militares no tenían por qué sublevarse aquí. El profesor Trueta, liberal convencido, se sentía indignado.